

tud, que bien pronto sólo existirá como recuerdo en la historia. ¿No supone esto un progreso moral? La esclavitud se ha considerado el mal de los males; es la inmoralidad en acción, ¡y, sin embargo, este hecho ha sido sancionado por el legislador! Los poetas dicen que el esclavo pierde la mitad de su alma. ¡Ay! debieran decir que la pierde entera. Todavía el amo se envilece más, porque el esclavo sufre la inmoralidad, mientras que el amo la impone. ¡Horroriza considerar á millares de esclavos sujetos á las malas pasiones de un solo hombre! El progreso moral es aquí tan evidente que no admite discusión.

Bajo otro aspecto es también la historia de la esclavitud la historia del perfeccionamiento moral. El sentimiento de la humanidad distingue á los pueblos modernos. Muchos siglos se han requerido para desenvolverle. Sus progresos pueden seguirse en la condición de los esclavos. Abramos los poemas de Homero: la crueldad, la brutalidad de las costumbres resaltan en ellos, á pesar del genio dulce del poeta. En los siglos heroicos, la potestad del amo era absoluta, ejerciendo el derecho de vida y muerte. Homero va á decirnos cuál fué el castigo impuesto á uno de los esclavos de Ulises: "Los pastores le hacen bajar al patio; allí le cortan la nariz y las orejas, le arrancan los órganos de la virilidad y los arrojan palpitantes á los perros; después, en su cólera, le cortan también las manos." Pasan algunos siglos; estamos en Atenas: una ley castiga el insulto hecho al esclavo. Demóstenes celebra con razón la humanidad de los Atenienses. La ley que hicieron en favor de los esclavos atestiguan el gran progreso que se había realizado en las costumbres. Permitted al esclavo, víctima de una violencia injusta, alzarse en queja contra su amo. Entre el amo y el esclavo mediaba una especie de igualdad religiosa, siendo mayor aún la igualdad social; Demóstenes dice que el esclavo era en Atenas más libre en su lenguaje que el ciudadano en otras repúblicas. Los Atenienses son los precursores de la humanidad moderna.

Otro pueblo de la antigüedad se distingue por su humanidad hacia los esclavos. La lengua hebrea carece hasta de palabra para designar á los seres degradados que en otras partes se asimilaban á cosas. Eran más bien servidores que esclavos; se les iniciaba en la religión de Moisés, y estaban circuncisos como sus amos. Éstos carecían

del derecho de vida y muerte, y el esclavo mutilado se hacía libre. Las disposiciones del Deuteronomio sobre las mujeres esclavas revelan una delicadeza que vanamente se buscará en los filósofos de Grecia. ¿De dónde emana que un pueblo que pasaba por aborrecer al género humano tratase con tanta humanidad á unos seres que la antigüedad entera despreciaba? El sentimiento de la igualdad natural de los hombres produjo ese milagro. En el antiguo poema de Job se lee: "El que me ha dado vida en el seno de mi madre, ¿no se la ha dado también al que me sirve?" Después de esto, ¿se negará todavía la influencia de las doctrinas sobre las costumbres? Luego, cuando la doctrina se perfecciona, podemos afirmar que la moralidad se aquilata.

Antes de llegar á la doctrina cristiana debemos referir un hecho que demuestra la realización de un progreso insensible, así en los sentimientos morales como en todas las facetas de la actividad humana. Los Romanos eran un pueblo inculto, cuyas cualidades le arrastraban á la dureza, propiamente hablando, á la crueldad. Un poeta pone en boca de una mujer las siguientes palabras, que se han hecho históricas: "¿El esclavo es un hombre?" Los suplicios impuestos á estos desgraciados eran objeto de chanza en las comedias de Plauto, y servían para divertir á los espectadores. Con todo, bajo el imperio hubo un escritor que habla de los esclavos con una conmiseración que causa tanta extrañeza como júbilo encontrar en un Romano. Plinio escribe á un amigo que la muerte de algunos de sus esclavos le colma de tristeza; bien conoce que otros consideran semejantes desgracias como simple pérdida de bienes y que están satisfechos de pensar así: "Por mi parte, añade, ignoro si son tan discretos como se lo figuran; pero lo que sí puedo asegurar es que no son hombres." Plinio es un gran genio, y por lo mismo son más notables sus sentimientos. Piensa y obra como un cristiano, por más que fuera perseguidor de los cristianos.

La igualdad de los hombres fué elevada á dogma por el cristianismo. Verdad es que se limitaba á la religión; y aunque insuficiente para dar libertad á los esclavos, transformó, sin embargo, las costumbres. Una dama cristiana no hubiera tenido el lenguaje que Juvenal pone en boca de una dama romana. "Somos uno con los esclavos, dice un Pa-

dre de la Iglesia, bien les consideremos con relación á la naturaleza, bien conforme á los principios de la fe, bien en vista del juicio final." "La religión, dice otro Padre, torna á los amos más humanos hacia sus esclavos, en consideración al Altísimo, que es su comun amo, y les dispone más bien á pedir con dulzura que á exigir por la fuerza." Negar que la religión ha endulzado las costumbres sería negar la evidencia, y no se limita á esto la influencia del cristianismo. Admite á los esclavos al sacramento del matrimonio, poniendo así á las mujeres al abrigo de la brutalidad de sus amos: ¿no era esto moralizar al mismo tiempo á los amos y á los esclavos?

Los antiguos decían que los Bárbaros habían nacido para servir. Sin embargo, en estas poblaciones incultas resaltaba un sentimiento superior al que inspirara á los filósofos más ilustres. Tácito alababa con justicia á los Germanos, para avergonzar á los ciudadanos de Roma. Aquéllos no arrojaban sus esclavos á las murenas para engordarlas. Castigar á los esclavos ó aprisionarlos con cadenas es cosa rara, dice el historiador latino. Las leyes bárbaras prueban que Tácito no idealizaba las costumbres germánicas; ellas permiten al esclavo que sorprende á su mujer en adulterio matar á ambos culpables, é imponen penas á todo comercio ilegítimo con la mujer esclava. Garantizando el pudor de los siervos, los Bárbaros aseguraban la pureza de las costumbres de sus amos. ¿Compárense los usos de la Edad Media con las leyes romanas! Los usos se preocupan de la mujer del siervo. "Si ella estuviere de parto cuando el siervo se ocupa en pagar su corvada, dejará el servicio de su amo para cuidar á su mujer. Si un repostero del señor viniere á reclamar las gallinas que se le deben mientras ella estuviere de parto, puede cortar la cabeza de la gallina y dársela al repostero, quedándose con el cuerpo." ¿Cómo no admirar esta delicadeza y esta solicitud?

Bajo la influencia del cristianismo y de las razas germánicas se transforman las costumbres. Todo el mundo conviene en que hay al presente en los pueblos civilizados un espíritu de humanidad que faltaba á los antiguos ó del que solamente se encuentra el germen en algunas naciones privilegiadas ó en algunos hombres escogidos. Este solo hecho basta para comprobar la perfectibilidad moral. Vamos á ponerle en completa evidencia, siguiendo

á los hombres sobre los campos de batalla. Si allí donde la fuerza desencadenada reina como soberana; si allí donde las malas pasiones están desbordadas resalta con evidencia el progreso, ¿quién osará negarlo en la esfera más tranquila de la familia, en el hogar de las buenas costumbres?

III.

La crueldad de los pueblos nómadas que fundan y destruyen los imperios en el mundo oriental se revela así en sus guerras como en sus leyes. Rebuscan suplicios atroces, ménos para castigar á los culpables que para torturarles por espíritu de venganza. Diríase que los vencidos son por ellos considerados como culpables, porque les tratan como criminales. Cambises ordenó azotar el cadáver de su enemigo; le mandó arrancar las barbas y los cabellos y pinchar con agujones, crueldad llevada hasta la locura y rasgo habitual de esos feroces conquistadores que se dirían salvajes. Sus costumbres no se suavizan por la molición á que después de las victorias se entregan. La relajación arrastra á la crueldad. Cuando el hombre se convierte en materia, no conserva más que los instintos feroces del animal. Se cuenta que un rey de Persia hizo cortar la nariz á todo un pueblo, y es cierto que los Bárbaros mutilaban á sus prisioneros como derecho de guerra. Ya no se encuentra en la historia ese desprecio de la personalidad humana, y esto prueba que hay progreso hasta sobre los campos de matanza.

Veamos otra manifestación de la crueldad. Parece que los pueblos comerciantes deberían tener costumbres más dulces; pero en la antigüedad, el comercio era una especie de guerra. La codicia de los mercaderes es tan cruel como la venganza de los Bárbaros. Sabido es que los Cartagineses miraban con el mayor desprecio la vida de las tropas mercenarias, y que inmolaban á sus propios hijos en los horribles sacrificios que ofrecían á los dioses. Un pueblo que no tenía entrañas para sus propios hijos, ¿podía respetar á la naturaleza humana en los extranjeros? Esto prueba que el espíritu del mercader no es necesariamente el espíritu de civilización, ni, por consecuencia, el de progreso, ni siquiera del progreso intelectual. Hay una barbarie industrial como hay una barbarie salvaje. No nos vanagloriemos demasiado de los progresos que se

realizan en la industria; antes, por el contrario, busquemos un contrapeso á la sed de oro; no alcanzamos otro que la cultura intelectual y moral.

La influencia religiosa tiene también su reverso: está viciada por la ambición del sacerdocio, que hace de la religion un instrumento de dominación. Así sucede en los Estados teocráticos. El genio sacerdotal no es el de la dulzura, sino un espíritu sombrío y feroz, dado á entregarse á todos los excesos. Basta citar que los sacrificios humanos se perpetúan donde los sacerdotes dominan. Así sucedía en Egipto, y así fueron los Egipcios un pueblo inhumano. Su derecho de guerra se asemeja al de los salvajes de América. La casta sacerdotal no es la única responsable de estos excesos, entrando en ellos por mucho la barbarie africana. Pero siempre será culpable el sacerdocio por no haber empleado su influencia en humanizar las costumbres. Aun entre los Hebreos, el espíritu teocrático ejerció una acción funesta sobre los espíritus. No hay guerra más sangrienta que la guerra sagrada. Los paganos conocían al ménos la misericordia de la esclavitud, mientras que el pueblo de Dios puso la tierra prometida en *entredicho*, trabando una guerra más que á muerte, porque no debía quedar rastro de la raza maldita condenada al exterminio; todo, sin excluir los animales, debía perecer. Hasta que la religion no se emancipe del yugo sacerdotal, no recobrará los beneficios que le son inherentes, entre los que se cuenta su cargo de institutriz del género humano.

Haciendo constar la barbarie antigua, ponemos en evidencia la ley del progreso moral. Hoy la piraeria está condenada como un crimen, y en los tiempos heroicos se la honraba. El extranjero se consideraba como un enemigo, y contra el enemigo todo era lícito. Nada ménos noble ni ménos generoso que los sentimientos de los héroes de Homero, reducidos á la exaltación de la fuerza brutal. Con todo, son los Helenos el pueblo más humano de la antigüedad. Lo que les faltaba era la conciencia de la unidad humana. Despreciaban á los Bárbaros y les creían nacidos para ser esclavos. Hé aquí el por qué de que los Romanos, á pesar de sus costumbres violentas, se manifestaran más humanos que los Griegos con los vencidos. Los escritores griegos celebran á porfía la humanidad del pueblo rey, y es merecido el elogio, si se tiene en cuenta la barbarie antigua. Pero cuando se com-

pan los antiguos á los modernos, los más civilizados entre aquéllos parecen todavía muy incultos. Léese en un historiador latino que los frutos de la victoria consistían en el pillaje. Nuestros soldados se baten con tanto arrojo como los legionarios y no necesitan el botín para estimular su ardor. No son, pues, los hijos peores que sus padres, como se ha dicho; por el contrario, nuestros padres valían ménos que sus hijos, y confiamos en que nuestros hijos valdrán más que nosotros.

¿De dónde procede nuestra humanidad? En gran parte del cristianismo, pero no hay que olvidar á la raza germánica. La religion educó á los Bárbaros; pero la educación no da facultades, limitándose á desarrollar las que los individuos y los pueblos reciben de Dios. Es decir, que los Germanos, por bárbaros que fueran, tenían los gérmenes de las virtudes morales que caracterizan á los pueblos modernos. Entre la barbarie de la Edad Media se producían ya con cierto brillo esas virtudes. Los poetas han embellecido las costumbres caballerescas, pero no todo es ficción en la caballería, y hasta el ideal tiene su parte de verdad, por cuanto expresa las tendencias de la raza que lo concibe. Pues bien, en este sentido, compárense los caballeros con los héroes de Homero. ¿Acaso los Héctor y los Aquiles prestaban juramento de no combatir jamás acompañados contra uno solo? ¿Acaso los Ulises juraban rechazar los fraudes y las supercherías y guardar fe inviolable á todo el mundo? ¿Acaso los Ajax prometían ser fieles, corteses y humildes? En estas promesas hay palabras y sentimientos que los héroes de Homero no hubieran comprendido. Lo que domina en ellos es el valor físico; luchaban contra la naturaleza, y para esta lucha material, sólo la fuerza se requería. En su valor no hay principio moral. Ajax huye delante de Héctor, Héctor huye delante de Aquiles. El sentimiento del honor les falta; de aquí las groseras injurias que los príncipes del pueblo se dirigen en las epopeyas homéricas. La humanidad y la lealtad les son igualmente desconocidas. Veamos ahora algunas frases de un canto bárbaro, la canción de Rolando: "Antes la muerte que la vergüenza." Esta es la divisa de la caballería y la regla de los templarios. Ulises no hubiera sido un héroe en la Edad Media. El caballero desdena la astucia y profesa esta hermosa máxima: "Haz lo que debas, y suceda lo que quiera." Estamos en una nueva era moral.

Bajo la influencia de estos sentimientos, se trasformó el derecho de guerra; el progreso fué lento; cuesta trabajo al ideal penetrar en las masas, pero la trasformación se verificó. En el siglo XVIII, Voltaire escribe las siguientes y notables frases: "En nuestros dias un oficial que tomara una ciudad por asalto y la entregara al pillaje se vería tan deshonrado como lo hubiera sido en el siglo último por no prestarse á servir de segundo en un duelo." El progreso moral es manifiesto. En otros tiempos el pillaje era un derecho; hoy es reprobado como una acción infame. El testimonio de Voltaire es tanto más notable cuanto se complace en burlarse del derecho de gentes como de una quimera. Citarémos otro de un escritor que no tiene muy buena opinión de los romanos. Lord Chesterfield escribía en 1757 á su hijo: "La guerra se hace con pusilanimidad en una edad degenerada. Se da cuartel, se toman las ciudades y se perdona á sus habitantes hasta cuando se entra en ellas por asalto: apenas si las mujeres pueden esperar un raptó; mientras que en los buenos tiempos antiguos, sacrificábanse por millares y á sangre fría los prisioneros, y los caudillos vencedores no perdonaban ni á las mujeres ni á los niños."

Los buenos tiempos antiguos de que habla lord Chesterfield no datan de tan lejos. En la guerra de treinta años, católicos y protestantes rivalizaban en crueldades. Un teniente de Buequoi hizo matar á quince mujeres y veinticuatro niños. Los Húngaros que servían á las órdenes de Dampierre incendiaron siete aldeas, mataron á cuanto en ellas encontraron con vida, desgarraron el vientre á las mujeres encintas para arrancarles el fruto de sus entrañas, cortaron las manos á pobrecitos niños y las sujetaron á sus sombreros, á guisa de trofeos, clavándolas despues en las puertas como se clavan las aves de rapiña. Los soldados de Mansfeld no valían más que los del emperador; incendiaban las casas de los aldeanos, y luego arrojaban á los desgraciados, por pelotones, en medio de las llamas. Su injuria igualaba á su crueldad; violaban á las mujeres en público, arrojándolas despues al fuego; niñas de nueve á diez años debían satisfacer su horrible pasión, y se las pasaban de unos á otros hasta que espiraban víctimas de tan horribles violencias.

Rasgos son estos que conviene tener presentes cuando se trata de juzgar el progreso moral. En el

siglo XVIII, los horrores de la guerra de siete años arrancaron á Federico palabras amargas: "Este siglo culto, exclama, es todavía muy feroz; por mejor decir, el hombre es un animal indomable desde que se entrega al furor de sus pasiones desenfrenadas. Me avergüenza la humanidad. Contesémoslo: las artes y la filosofía sólo se extienden sobre unos pocos; las masas y el vulgo de la nobleza permanecen tal cual las hizo la naturaleza, animales dañinos." El rey filósofo calumnia al hombre. Algunos años despues de escritas esas desconsoladoras frases, en 1792, estalló una lucha terrible que no concluyó hasta 1814. ¿Viéronse en ella esos rasgos de crueldad que mancharon la guerra de siete años, esos actos salvajes que harían creer en los demonios cuando se lee la historia de la guerra de treinta años? Federico tiene razón en decir que la guerra desmoraliza á los hombres: "Hé aquí, escribía á Voltaire, el verdadero mal que causa: pervierte las costumbres y hace retroceder al hombre al estado salvaje, dando rienda suelta á sus pasiones brutales." Sin embargo, hasta en este desbordamiento de violencia es sensible el progreso, lo que prueba que el hombre no permanece estacionario, y que no es justo decir de él que la naturaleza le ha hecho un animal dañino.

Comparemos la guerra de treinta años á las guerras de la Revolución. Aquella fué encendida por las pasiones religiosas; al fin de esa larga lucha emprendida por la gloria de Cristo, los Alemanes habían olvidado hasta el nombre de Cristo. La brutalidad era tal, que los historiadores emplean palabras humillantes para pintarla; la más fuerte que encuentran es bestialidad, y casi pudieran decirse que calumnian á las bestias. Las costumbres de los soldados nos dan una idea de las poblaciones donde se reclutaban: desenfreno de goces animales, desprecio de todo pudor, de todo derecho, de toda justicia. Despues, en las guerras del imperio, ¿se vió la misma desmoralización? Fueron todavía más sangrientas; con todo, al cabo de esa lucha de veintidos años, la Europa no quedó desmoralizada como la Alemania en el siglo XVII. ¿Por qué esa diferencia? Porque las poblaciones son hoy más morales que hace un siglo. La historia da un mentís á los que niegan el progreso moral.